

EL VIAJE

José Antonio Muciño Ruiz

El pequeño Andrés sintió gran temor cuando a la salida de la escuela y de regreso a su casa, pasó junto a un tiovivo que era parte de unos juegos mecánicos de una feria que habían instalado ayer en ese lugar cerca de su casa. Aunque pasó corriendo y procuró no mirar hacia atrás, los caballos de madera pintados con brillantes colores le parecían que iban a su lado.

Llegó a su casa y saludó a su madre que le respondió: “¡Qué bueno!, lávate las manos para que puedas comer.”

Mientras comía su madre le dijo: “Como te has portado bien, hoy en la tarde, cuando venga tu papá, te llevaremos a la feria.” Otra vez sintió que los caballos de madera del tiovivo corrían junto a él; quiso decir que no, pero no pudo.

“¿No estás contento? —le dijo su madre. Débilmente respondió que sí.”

En la tarde, ya en la feria, el padre propuso que Andrés se subiera primero a los caballitos. Andrés no dijo nada, su padre lo montó en un caballo de color rojo con las crines amarillas y los ojos verdes y le dijo: “Feliz viaje.”

Andrés apenas pudo hacer con la mano el ademán de adiós, porque el tiovivo comenzó a girar cada vez más rápidamente. La imagen de sus padres se iba haciendo borrosa.

Cuando el tiovivo dejó de girar, el padre de Andrés subió para bajarlo, pero Andrés ya no estaba. Con la mirada buscó alrededor, pero no lo vio. La madre también lo buscó en vano.

Cuando los padres se miraron extrañados no dijeron nada, sino que de pronto empezaron a correr en diferentes direcciones por toda la feria, gritando el nombre de Andrés.

Quizás en ese momento el pequeño Andrés llegaba al final del viaje.

